

Alerce

N° 82, junio de 2021. SECH, 90° ANIVERSARIO. Director: David Hevia.

Victoria Ramírez Llera: un batir de páginas que va alzando el verso

Nacida en la capital el 13 de junio de 1982, Victoria Ramírez Llera se tituló de periodista en la Universidad de Santiago de Chile (Usach), diplomándose además en Literatura en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (UCV). Es coautora del poemario *Juntas y revueltas*, publicado en 2014 y escrito junto a Liz Gallegos. Responsable de *Desarraigo* (poesía, 2016) y de *María Monvel, los lirios muertos de la faz* (ensayo y antología, 2017), versos suyos fueron seleccionados en el volumen *Pánico y locura en Santiago* (2017), a cargo de la editorial Santiago Ander. Actualmente, la poeta se desempeña como editora general en Ediciones Liz —donde también ejerce como correctora de estilo— y es miembro del equipo editorial de la gaceta *Léucade*, en la que redacta artículos y guiones para el programa literario *Barco de Papel*, que se emite semanalmente a través de las ondas de Radio Nuevo Mundo.

Ad portas de la publicación del poemario *La jaula se ha vuelto pájaro. Versos de invocación a Alejandra Pizarnik*, las siguientes piezas de esta página de la gaceta *Alerce* son el inédito anticipo de dicha obra, que irrumpe en la escena de las letras con precisa y preciosa impronta dialógica.



Alejandra
la jaula se ha vuelto pájaro
la jaula se difumina
como un barco
al otro lado
del trémulo horizonte

Alejandra
la jaula se ha vuelto pájaro
y en su vuelo subyace
un sonido que arrastra
la premura del tiempo

¿Qué haré con el vuelo?
¿Qué haré con el vuelo?

Alejandra
la jaula revolotea
con plumas talladas de acero
y el peso de la gravedad
arrinconado
espera en mi corazón de pájaro

¿Qué haré con el hastío?
¿Qué haré
Alejandra?

Alejandra
la luz que incendió tu sonrisa
baila en las aceras

con palomas polvorientas
mientras mis manos
cuentan los días
para dormir en tierra de muertos

¿Qué haré con la vida?
¿Qué hacer con tanta vida?

Alejandra
siento el castigo del aire
insuflar vida
como el suspiro putrefacto de un dios
entra a una mujer de barro
y despierta monstruos
del letargo
que mece mi sangre
un torrente de monstruos
que destruyen el aire

Alejandra
la jaula recibe monstruos
alimentados con mi corazón

¿Qué haré con ellos
Alejandra?
¿Quién más cuidará a estos
demonios?

Alejandra
a la hora del desastre y el vacío
mi cuerpo se llena de cerrojos
no hay lugar para otra piel
entre estos labios sangrantes
que el miedo calla
frente al deseo condenado
de borrar todos mis nombres
de borrar me ahí
donde tu nombre resuena
Alejandra

¿Qué haré con el silencio?
¿Qué haré con tanto silencio?

Alejandra
tengo treinta y ocho años
y no morí a tu edad
Alejandra eterna de treinta y seis

Tengo treinta y ocho años
y una historia donde
no quedan estrellas

¿Qué haré con los años?
¿Qué hiciste con tus años?

Alejandra
un día quise consumir la vida
y fracasé estrepitosamente
se diría que estallaron
mis últimas esperanzas
disueltas en decenas de pastillas
pero mi sangre es fuerte
Alejandra
y volvió roja y limpia

¿Qué hacer con los calmantes
Alejandra?
¿Qué hacer con los somníferos
cuando la vida no duerme ni calla?

Alejandra
burlona en el espejo
una imagen me devuelve el fracaso
otro suicidio duerme en el mar

Alejandra
ningún barco me espera
me conformo con un ataúd
o una barcaza que navegue
al otro lado de la vida

¿Dónde duerme la muerte
Alejandra?
¿Dónde yace nuestra propia muerte?

Victoria Ramírez Llera



Las artes plásticas de Roser Bru dibujan la historia de nuestra literatura

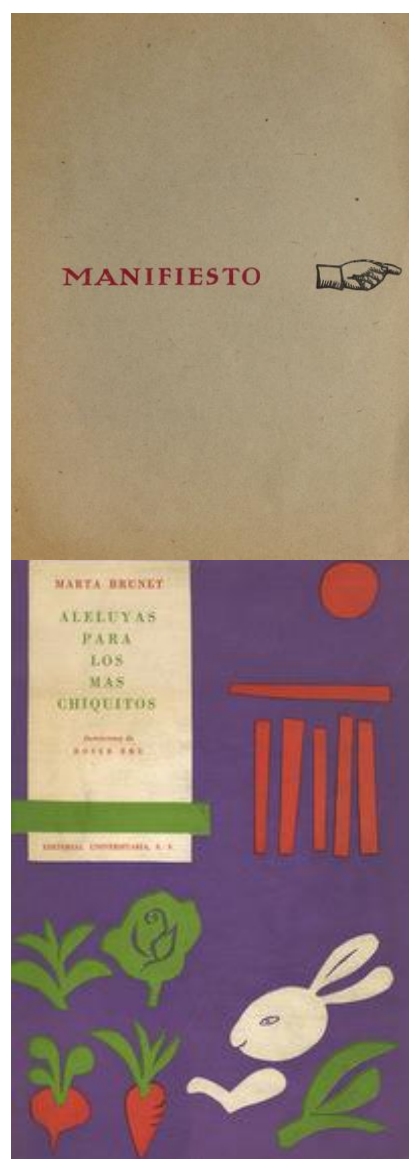
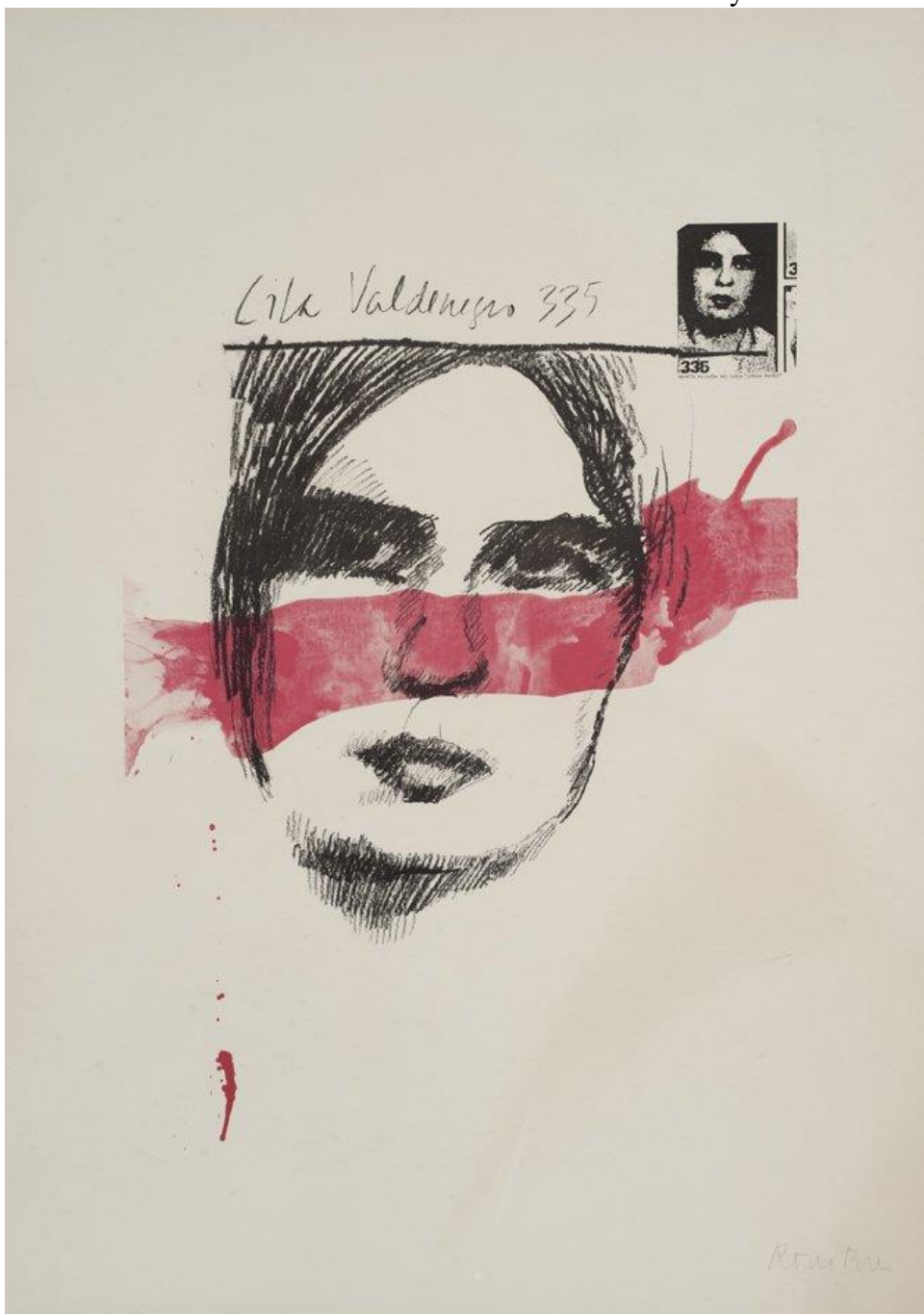
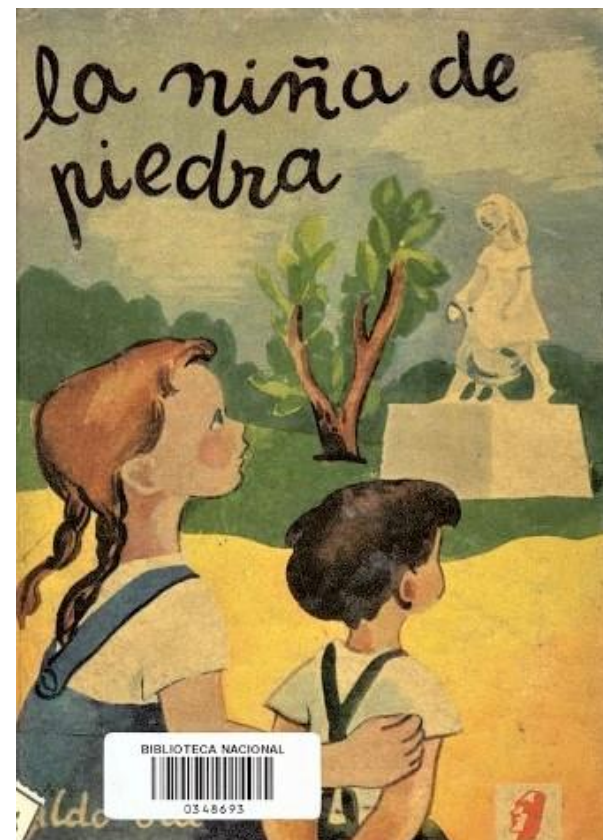
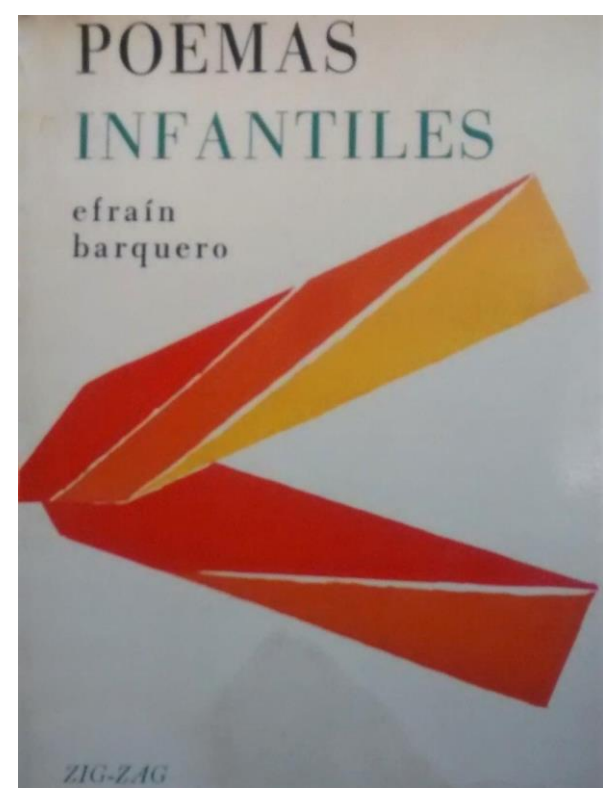
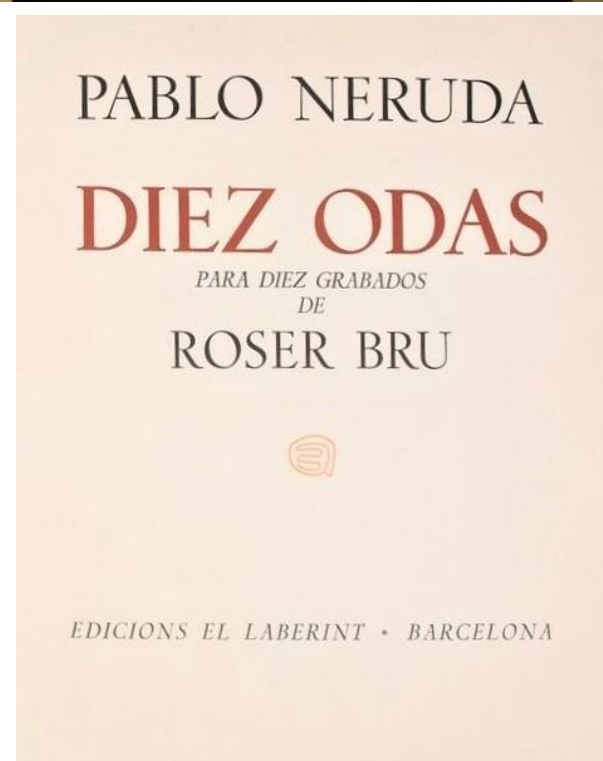
Entrañable amiga de Pablo Neruda, la pintora y grabadora Roser Bru (1923-2021), una de las muchachas que llegó a bordo del Winnipeg en 1939, desarrolló en Chile un intenso trabajo creativo que hizo escuela y le valió, entre otros múltiples reconocimientos, el Premio Nacional de Artes Plásticas en 2015. Sus inquietudes intelectuales desembocaron siempre más allá del lienzo, y es así que, por ejemplo, José Ricardo Morales, quien también hizo la emblemática travesía que trajo al país a más de dos mil refugiados españoles, seleccionó poemas inéditos —o nunca antes compilados en un volumen— de vates como Antonio Machado, José Moreno Villa, Juan Larrea, Rafael Alberti y Luis Cernuda. La publicación, *Poetas en el destierro* (1943) corrió por cuenta de la editorial Cruz del Sur, y en sus páginas Bru fue artífice de las ilustraciones. Lejos de constituir ese hecho una excepción, en 1944 salió de imprenta, por iniciativa de Roque Manuel Scarpa, *Voz celestial de España. Antología religiosa*, cuyas 900 páginas comienzan con Santa Teresa y Fray Luis de León y concluyen con Miguel Hernández. Allí, bajo el sello de Zig-Zag y la tuición del gran Mauricio Amster, la dimensión gráfica quedó en manos de la artista. La misma casa editora publicaría la icónica novela *María*, de Jorge Isaacs, con dibujos de Bru.

En esa misma línea, la colaboración de la creadora con los escritores chilenos sería notablemente fecunda. En 1947, realizó la portada de *La niña de piedra*, de Hernán del Solar, libro que vio la luz a instancias de la editorial Rapa Nui. En 1960, en tanto, fue la excelsa Marta Brunet quien vio cómo su obra *Aleluyas para los más chiquitos*, publicada por Editorial Universitaria, se nutría con los dibujos de la



artista. Dos años más tarde, el poemario *Umbral de sombra*, rubricado por Macías y preparado por la Imprenta Arancibia Hermanos, llevaría los trazos de ella en la tapa. En 1963, por lo demás, fue la responsable tanto de la gráfica como de la maquetación de *Manifiesto*, de Nicanor Parra, con la mítica editorial Nascimento, mientras que en 1965 ilustraría *Poemas infantiles*, de Efraín Barquero, a instancias de Zig-Zag. Ese mismo año, la obra de la artista sería el eje del recordado volumen que pondría en marcha junto a su amigo poeta y futuro Premio Nobel de Literatura: *Diez odas para diez grabados de Roser Bru*, que firmó en coautoría con Neruda en las barcelonesas Edicions del Laberint, y cuya primera tirada circuló en 216 ejemplares de tapa dura, estuchados e impresos en papel de hilo con filigrana creada por la propia pintora.

El incesante quehacer de Roser Bru seguiría su camino entre una y otra página por décadas, como bien testimonia el libro *Estrellas fijas en un cielo blanco*, que el poeta Óscar Hahn publicó en 1988 al alero de Editorial Universitaria, con dibujos de la grabadora chilena de origen español. Dar forma y colores a la literatura es parte del inmenso legado que deja al mundo esta creadora universal y valiente defensora de los derechos humanos, quien siempre tuvo tiempo para conversar y fuerzas para afirmar, una y otra vez, que “mientras se me ocurran cosas estoy viva”.



Arriba: Las portadas que Roser Bru hizo de *Manifiesto*, de Nicanor Parra, y de *Aleluyas para los más chiquitos*, de Marta Brunet.

A la izquierda: Roser Bru. *Retrato de una desaparecida* (1993).